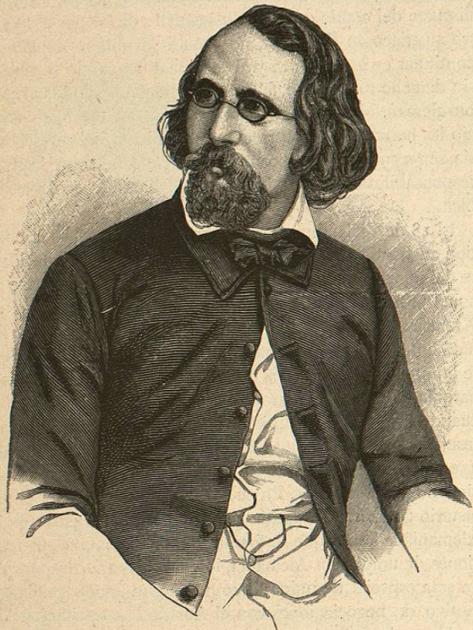


El primero demostró con hechos que en todo el tiempo que el emperador de Austria había sido cabeza de la confederación alemana, el Austria no había sido nunca país confederado sino siempre país extranjero, y probó, además, que el gobierno austriaco había insistido mucho más en los tiempos modernos, y á pesar de la fraternidad parlamentaria de alemanes y austriacos, en su particularismo austriaco. El Austria no contribuía en nada, dijo Jordan, á los gastos de la asamblea ni del administrador del imperio; el Austria no tomaba parte en la guerra del Schleswig-Holstein, sino que muy al contrario dejaba su embajador en Copenhague, y mientras el comercio de la mitad de Alemania había quedado paralizado por el bloqueo marítimo, el Austria había continuado tran-



Venedey
(de una litografía de Schertle, copia de la fotografía de Biow)

quilamente su bloqueo terrestre respecto de la exportación del dinero, á pesar de dos resoluciones de la asamblea que pedían se anulase la prohibición de exportar metálico del territorio austriaco. También el Austria se había negado rotundamente á contribuir al sostenimiento de la escuadra alemana y era un sarcasmo en su boca decir, como había dicho, que continuaría cumpliendo sus deberes federales, cuando en ninguna parte se veía que hubiera empezado siquiera á cumplirlos. Si se hablaba de la separación y aun expulsión del Austria, era por culpa de la misma Austria; no por la mala voluntad de este ó del otro ministro, sino por la naturaleza de las circunstancias, que no permitían al Austria una política alemana. Si de algo podía acusarse al Austria era de su falta de sinceridad, pues nunca hablaba como obraba ni pensaba, y era ya preciso que concluyera esta falta de sinceridad costara lo que costase. Después del discurso del ministro austriaco en Kremsier todo el mundo había creído que empezaría una era de verdad y claridad, pero recientemente se observaba en el lenguaje de Austria otra vez la indecisión y la vaguedad como en tiempo de la dieta alemana, cuando el baron de Blittersdorf escribía al embajador austriaco en la dieta germánica, Munch de Bellinghausen, en 5 de noviembre

de 1847: «Así como el Austria en virtud de su posición europea no podría agregarse á un gobierno central alemán, tampoco podría convenirle un poder central fuerte en Alemania y de consiguiente tendría que encaminar su política á captarse la simpatía de los Estados secundarios alemanes, á fin de tener con su auxilio á la Alemania en constante desunión.»

Sobre el discurso de Kremsier dijo Beckerath: «Reconozco y admiro el espíritu político en que sin dejarse extraviar por sentimientos vagos está inspirado el imperio, con aplauso de sus pueblos; pero digo que tocante á la separación del Austria ha dicho ella misma la primera palabra y no la Alemania.» Previno á la asamblea que no se entregase á la ilusión de que la reconstitución de Alemania podía enlazarse con la reconstitución de Austria, y dijo estas notables palabras: «El aguardar al Austria es la muerte de la unidad alemana,» añadiendo como final: «En momentos decisivos la asamblea ha escuchado siempre el genio del bien de la patria; jamás ha abierto la puerta á la mala suerte de Alemania, que tantas veces ha estado en acecho delante de esta puerta. Esta línea de conducta seguirá también hoy y no destruirá las esperanzas que nuestro pueblo alimenta, las esperanzas que nos entusiasmaron cuando jóvenes y para cuya realización hemos gastado nuestras mejores fuerzas en la edad viril; no dejaremos, señores, hundir la causa de Alemania.» (*Aplausos en la asamblea.*)

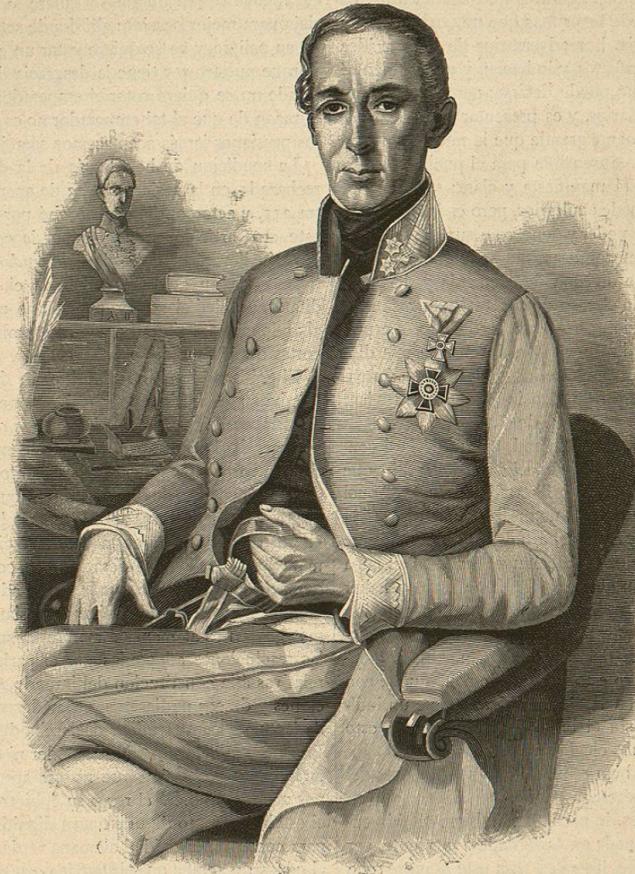
Por 261 votos contra 224 fué aprobado el proyecto de Gager en 13 de enero de 1849; pero la lucha con motivo del Austria estalló en seguida de nuevo cuando dos días después empezó el debate sobre el jefe del nuevo imperio; porque la aceptación de un emperador hereditario prusiano, como lo deseaba el partido monárquico federal, significaba la exclusión definitiva del Austria del mando de la confederación alemana, y los que no la querían concentraron todas las fuerzas para esta campaña decisiva.

Prolongados y tempestuosos fueron los debates y al fin se comprendió que siendo imposible aprobar ninguna de las contra-proposiciones, era necesario aceptar la idea de un emperador prusiano hereditario, y que por más que disgustara á muchos diputados no había más remedio que nombrar un emperador prusiano ó renunciar al imperio alemán.

Citaremos aquí tres de las proposiciones contrarias. La una decía: «El poder ejecutivo se encargará á un jefe del imperio. Todo alemán es elegible.» La segunda proposición pedía un directorio de cinco individuos, y una tercera hablaba de un turno entre los directores. Respecto de esta última proposición del directorio y del turno, decía el diputado Schuler con mucho acierto que el directorio era la anarquía simultánea, el turno la anarquía sucesiva y ambas cosas eran lo contrario de poder y unidad. Un emperador hereditario como jefe del imperio tendría muchas cosas en su abono, pero era incompatible con el principio democrático; un representante del Estado individual, visible y permanente y además hereditario venía á formar un centro que estaría más al alcance del pueblo que la idea abstracta. En Alemania un emperador hereditario á la cabeza de 34 monarquías sería una monstruosidad, que daría á una de las familias soberanas un protectorado odioso. Mas gustaba al orador el principio de que cada alemán fuese elegible para el cargo de jefe del Estado. Según este principio no debía ser elegido jefe del Estado ni príncipe ni particular, ni prusiano, ni austriaco, ni bávaro, sino solamente el hombre más á propósito, y así no habría envidias ni celos de pueblos ni de dinastías. «No queremos, dijo el orador, que el poder supremo sea hereditario; no queremos construir una catedral de piedra, un edificio lóbrego, que nos separe de la naturaleza libre y lozana;

queremos una simple parrá, que si pierde las hojas vuelvan á brotar; queremos un jefe republicano que esté por encima de las dinastías alemanas. Se me dirá: semejante jefe no tendrá poder; los príncipes no le seguirán ni los pueblos tampoco; mas yo prefiero creer que si el tal hombre tiene las simpatías del pueblo, el pueblo alemán también le dará poder, y si no tiene las simpatías del pueblo no conviene tampoco que tenga poder. Necesitamos poder, mucho poder; pero, señores, pensemos que estamos creando un poder que nos-

otros tenemos y no que nos tiene á nosotros. (*Aprobación y aplausos en la izquierda.*) También se dirá que es enteramente imposible crear semejante forma de Estado; pero á esto respondo con franqueza que no doy gran importancia á esta pequeña dificultad. Toda otra forma de Estado es igualmente imposible, ya por los celos y las resistencias de las dinastías, ya por la resistencia de los pueblos. Esta proposición, si alguna dificultad ofrece, es á lo más una dificultad exterior, cuando las demás proposiciones que se han presen-



El príncipe Félix de Schwarzenberg
(copia de un grabado de L. Sichling, hecho según el dibujo original de M. Stohl)

tado pecan además de imposibilidad interior moral y legal. Y aunque el espíritu popular alemán fuese tan flojo y tan falto de energía que no pudiese realizar un principio justo y popular, no por esto queremos renunciar á nuestra idea, y la queremos dejar al pueblo alemán en toda su pureza como un legado del porvenir.»

El diputado Welcker, que quiso evitar la elección de un emperador prusiano hereditario, hizo la siguiente estúpida proposición: «Se dará el poder supremo alternativamente por seis años al soberano de los dos países más populosos de Alemania, y en caso de impedimento uno de los dos será suplente del otro.» Esta proposición fué desechada por 377 votos contra 80, estos en su mayor parte de los diputados austriacos.

En 19 de enero fué adoptado por 258 votos contra 211

el artículo siguiente: «La dignidad de jefe del imperio será conferida á uno de los príncipes alemanes reinantes.»

En 22 de enero se puso sobre el tapete la cuestión de si la jefatura del imperio sería hereditaria ó no. En esta discusión el diputado wurtembergués, Rumelin, se declaró partidario de la idea proclamada ya por Pfizer contra Luis Uhland y favorable á un emperador prusiano hereditario. El orador dijo: «Nosotros, los suabos, hemos padecido más que ningún otro pueblo bajo la maldición de la división y debilidad de Alemania. Nuestros duques algún día llevaron la bandera del imperio y fueron siempre los primeros en las expediciones á Italia, y ahora hemos bajado hace un siglo á ser mercenarios y nos alaban de que hemos luchado en todos los campos de batalla de Europa, en todos los ejércitos beligerantes del continente. Nunca nos ha faltado el valor,

pero nunca hemos combatido por una patria, y si hoy vuelven á invadir la Alemania los franceses nos volveremos á encontrar en la triste alternativa de abandonar nuestro país á las calamidades de la guerra y al despotismo de un enemigo insolente ó tornar á ser traidores al pueblo alemán. Esto debe acabar, y esto acabará cuando la Alemania meridional se halle unida á la Alemania septentrional fuerte. Si así se hace, el teatro de la guerra serán el curso medio del Rhin y las llanuras del Mosa; y toda guerra entre Austria y Francia habrá de ser en adelante una guerra contra la Alemania. La Alemania federal no puede tener mas que una cabeza y esta cabeza debe ser la Prusia. Los adversarios de nuestra idea pueden oponernos sus defectos, y lo hacen, y yo tambien sé perfectamente todo lo que puede decirse; pero una cosa no pueden hacer los adversarios, y es presentar una idea mas grande, ni siquiera igualmente grande que la nuestra; ni tampoco una idea que sea comprensible para el pueblo y el extranjero. Nuestra idea está manifiesta y clara; sus defectos son evidentes y nadie puede ocultarlos, pero es la idea clara y viva de la unidad y del poder y tiene gran superioridad sobre todas las medias ideas confusas que se le oponen. Concedo que puede llamarse division de Alemania y desmembramiento; pero aun dado el caso de que tuviesen razon los que hablan de la mutilacion de Alemania, declaro que prefiero hacerme cortar un brazo y vivir el resto de mis dias manco, á tener dos brazos sanos de los cuales el uno forma tambien parte del cuerpo de otro individuo que tuviese el mismo derecho que yo á servirme de él.»

A este orador siguió el poeta Uhland, que se declaró contra la dignidad hereditaria del jefe del imperio, y dijo que vivia todavía en el ensueño de la libertad de 1848. «Aquel movimiento, decia, ha brotado de una raíz democrática y á la raíz debe corresponder la copa del árbol. No sería conforme al crecimiento natural del roble alemán el hacer en su copa un nido de águilas imperiales hereditarias. Confieso haber soñado una vez que el grandioso levantamiento de la nacion alemana engendró grandes caracteres políticos y que en adelante figurarán á la cabeza del Estado alemán solo los hombres mas distinguidos; pero esto solo puede conseguirse con la eleccion, no con la herencia. Podrá objetarse que un individuo solo nada podrá sin el brillo dinástico, pero á esto contesto que si hubiésemos elegido un hombre cuando los hombres de Estado no habian renunciado á ser hombres del pueblo, si entonces hubiésemos elegido un hombre que en la grandeza de su sencillez de particular hubiese sabido encauzar la pasion desenfadada en su verdadera corriente, por la nobleza de sus intenciones liberales, para este hombre todo el pueblo alemán habria sido un ejército.» Al decir esto pensaba Uhland en Gagern, á quien habia querido ver elegido jefe del imperio, y á él se refirió cuando cerró su discurso con estas palabras: «Creedme, señores, no tendrá la Alemania cabeza que no haya sido ungida con aceite democrático.» No queria el orador dejar á los hermanos austriacos, y exclamaba: «A veces, cuando oigo hablar en esta asamblea á diputados austriacos en sentido muy opuesto al mio, me parece oír alguna voz del Tirolo ó el susurro de las olas del Adriático.»

Dahlmann decia que defender la dignidad imperial hereditaria le parecia lo mismo que hacer una apología de la tabla de multiplicar; pues esta tabla de multiplicar de las cosas alemanas exigia la supremacia de Prusia en Alemania y una potencia como la Prusia no se podia tomar á prueba por tres, seis ó doce años. «No critico el voto de nadie, —añadia, —pero yo creeria haber faltado á mi patria si no votase la unidad de Alemania con la dignidad imperial hereditaria. Esta es mi opinion y lo será hasta el fin, y ojalá que el cielo

misericordioso nos abra el camino salvador por el cual hemos de buscar la salud de nuestra patria.»

Terminaron los debates con un brillante discurso de Vincke, el cual, despues de demostrar magistralmente la imposibilidad de los *sistemas políticos de parras*, acabó en estos términos: «Cuando la historia apunte nuestros nombres como se nos ha dicho tantas veces aquí, estarán probablemente todos ellos en la lista de los que quieren una Alemania unida; pero habrá que buscar los de los adversarios en los rincones de Alemania, allí donde se quiere la república pero se la deja para mejor ocasion; allí donde se cree la Iglesia católica en peligro, y no se quiere votar un emperador hereditario porque nuestro rey tiene la desgracia de ser protestante; allí donde no se quiere votar el emperador hereditario solo por la razon de que el tal emperador no es el austriaco. Nosotros los prusianos jamás aceptaremos semejante opinion.»

La condicion de hereditaria de la dignidad imperial fué rechazada en la sesion del 23 de enero por 263 votos contra 211, y acto continuo se aprobó por 214 votos contra 205 este otro artículo, propuesto por la comision: «El jefe del imperio llevará el título de *Emperador de los alemanes*.» El mismo dia en que fué rechazado el título imperial hereditario, publicó el gobierno prusiano una circular que hizo abandonar este título hereditario tambien en las diferentes cortes de Alemania.

El gobierno prusiano al principio de esta circular manifestaba su grandísima satisfaccion por el robustecimiento del Austria, *miembro el mas poderoso de la confederacion alemana*, y expresaba la esperanza de que el imperio austriaco tomara una parte muy activa en los asuntos alemanes. Despues decia que en caso de que Austria no quisiera tomar tal parte activa, el gobierno prusiano no tendria inconveniente en que el Austria continuara en la confederacion alemana y se formara dentro de la confederacion otra confederacion ó union, que sería en política lo que la union aduanera era en el comercio. Dicho esto, el gobierno prusiano invitaba á los demás gobiernos alemanes á manifestar su opinion respecto de las resoluciones adoptadas por el parlamento de Francfort relativas á la constitucion del imperio, á fin de que sus objeciones y deseos pudiesen ser tomados en cuenta á la segunda lectura; y para terminar declaraba decididamente: «1.º La Prusia no anhela aumento de poder ni de dignidad, ni aceptará ninguna posicion que no sea aprobada por los gobiernos aliados. 2.º S. M. el rey y su gobierno no creen necesario el establecimiento de una nueva dignidad imperial alemana para conseguir la unidad alemana verdadera y completa; muy al contrario, temen que el afan de crear esta dignidad oponga obstáculos invencibles á la unidad alemana que se busca.» Esto queria decir simplemente que la Prusia no queria emperador hereditario y que invitaba á los demás gobiernos á declarar contra esta idea si el parlamento la adoptase, en la seguridad de que la Prusia no aceptaria ningun cargo sin el consentimiento de las demás potencias alemanas.

Ya tenemos el caos en Francfort y en Berlin en el campo político alemán; el parlamento de Francfort no queria emperador hereditario y el gobierno prusiano proponia á los demás gobiernos alemanes un imperio sin emperador. No obstante, en la votacion del 28 de marzo aprobó el parlamento que la dignidad imperial alemana sería hereditaria. Este cambio se hizo súbitamente á consecuencia de la conducta del Austria. El Austria obligó al parlamento de Francfort á pasar forzosamente al campo prusiano, de tal suerte que á la cabeza de los convertidos se encontró el diputado Welcker, hasta entonces el abogado mas fogoso del partido austriaco en el parlamento. La conducta del gobierno austriaco desde el 4 de febrero de 1849 demostraba cada dia mas que la

asamblea de Francfort no tenia otra alternativa sino entregarse en manos del príncipe de Schwarzenberg y someterse al yugo austriaco, renunciando á la unidad y libertad de Alemania, ó separarse del Austria y buscar su salvacion en una Alemania federal con la Prusia á la cabeza.

En 8 de febrero de 1849, Schmerling, antes ministro del gobierno alemán de Francfort y á la sazón plenipotenciario austriaco, entregó un decreto de su gobierno del 4 de febrero, en el cual aquel gobierno protestaba por primera vez decididamente contra la obra constitucional de la asamblea alemana. En este documento se decia: «El gabinete imperial no cree la forma unitaria practicable en Austria ni aceptable en Alemania.» A la objecion de que nadie queria un Estado unitario sino solo un Estado federal, se respondió que esto era cuestion de palabras. Respecto del proyecto Gagern decia el decreto imperial que este proyecto, si se realizara, formaría el Estado unitario tanto si su centro quedase en Francfort como si fuese trasladado á otra parte de Alemania. El Austria, la primera potencia alemana, como decia el decreto dos veces, quedaria siempre excluida y esto sería una mutilacion de Alemania, es decir, lo contrario de la unidad que todo el mundo buscaba. Al final decia: «S. M. el emperador y su gobierno protestan solemnemente contra toda subordinacion del emperador á otro príncipe alemán que estuviera á la cabeza del poder central. Esto debe declarar el emperador por respeto á sí mismo, al Austria y á la Alemania.»

Ya sabian los representantes alemanes en Francfort que el Austria no podia entrar en la nueva Alemania, pero esto no era una razon para que la Alemania renunciara á ser un Estado federal. Habíase formado la opinion, conforme al programa de Kremser, de que cuando el Austria y la Alemania hubieran conseguido constituirse definitivamente se buscaria el modo de fijar sus relaciones mútuas. Pero contra este modo de pensar se levantaba á la sazón el decreto del 4 de febrero, en el cual el Austria prohibia á la Alemania formar un Estado federal sin el Austria.

Esto sorprendió grandemente; pero todavía sorprendió mas lo que sucedió cuatro semanas despues, el 7 de marzo de 1849. En la mañana de este dia los miembros del parlamento austriaco de Kremser, al dirigirse al palacio de las sesiones, lo encontraron cerrado y guardado por tropa, con carteles en las esquinas publicando el decreto imperial que declaraba cerrado el parlamento austriaco constituyente y publicaba en cambio una constitucion otorgada por el emperador, con fecha 4 de marzo, para todo el imperio austriaco (1).

Con fecha 9 de marzo el príncipe de Schwarzenberg envió á Francfort un decreto en el cual se decia que habiendo el gobierno imperial cumplido su primera mision, la de reconstruir el Austria y su unidad política, iba á emprender la segunda, que consistia en el arreglo de las relaciones del Austria con Alemania. En el decreto del 4 de febrero habia rechazado ya una Alemania federal con un jefe que no fuese austriaco, y á la sazón rechazaba toda representacion nacional en la nueva confederacion austro-alemana. El gabinete austriaco pedia un parlamento elegido indirectamente y que no se encontrase supeditado por una representacion popular superior ó igual, es decir, un imperio con un parlamento de Estados sin representacion popular ni nacional. Este decreto no habia sido entregado todavía al parlamento de Francfort y solo se sabia el golpe de Estado de Kremser cuando en la sesion del 12 de marzo, Welcker (veterano de la libertad alemana) propuso á la asamblea la aprobacion de la constitucion alemana, tal como habia quedado aceptada en

primera lectura, por una sola resolucion. En este proyecto, aprobado en la primera lectura, se concedia la dignidad imperial hereditaria á S. M. el rey de Prusia. Welcker hasta entonces habia gastado toda su elocuencia desde hacia muchos meses á favor de la conservacion del Austria dentro de la confederacion alemana; lo habia votado todo con tal que quedase el Austria dentro de Alemania, y hasta habia aceptado un emperador hereditario prusiano si el Austria hubiese consentido en ello. Pero entonces renunció súbitamente á sus esperanzas y simpatías, diciendo que los ministros del Austria habian pronunciado ellos mismos la separacion de su país; que de su *constitucion babilónica* se desprendia claramente que habia que renunciar á toda union del Austria con la Alemania federal, y que de consiguiente era tiempo de ligar mas fuerte que nunca el resto de Alemania. «Cuando mire allí donde están mis antiguos amigos, dijo, encontraré quizás una sonrisa triunfante, si no en su fisonomía á lo menos en su corazon, porque hasta ahora no he acabado de comprender lo que la cámara ha comprendido hace semanas y meses. Podeis, señores, estar orgullosos de ello, pero yo tambien lo estoy, si bien con el corazon lleno de tristeza, porque he empleado todas mis fuerzas para retardar la separacion del Austria. Mucho hemos ganado en esta ocasion y los que están á favor del emperador prusiano deben agradecer mi actitud anterior, porque ahora podemos ceder esta corona imperial sin mancha, sin la apariencia de sospecha de que esta corona haya sido causa de la division de Alemania.» El orador concluyó en medio de aplausos del centro y de la derecha, en estos términos: «No digo nada mas: la patria está en peligro; salvemos la patria.»

La proposicion de Welcker habria sido votada por una inmensa mayoría si los diputados austriacos hubiesen abandonado la asamblea, en la cual ya nada tenian que hacer. Así les habia aconsejado Dahlmann en la *Gaceta de Alemania (Deutsche Zeitung)* á raíz del edicto del 4 de febrero, pero inútilmente; pues se quedaron para votar con la izquierda contra el emperador hereditario y á favor de todo lo que podia hacer inaceptable la dignidad imperial á un rey de Prusia, como era, por ejemplo, el derecho electoral directo. Tambien Welcker dirigió en su discurso del 17 de marzo palabras conmovedoras á los diputados austro-alemanes. Llamó la atencion sobre el hecho de que una Alemania con treinta y un millones de habitantes alemanes unida á un imperio de Austria con treinta y ocho millones de habitantes, no sería mas que el instrumento de esta última potencia, y dijo á los diputados alemanes: «Salid de la iglesia de San Pablo, arrojad vuestra constitucion al suelo, devolved vuestro mandato al pueblo engañado, ó abandonad la desgraciada idea de formar con el Austria á pesar de su nueva constitucion un imperio federal alemán.» Se dirigió luego á los diputados austro-alemanes y despues de decirles que tenia derecho á ser oido por ellos, añadió: «Señores, os encontrais en la posicion mas crítica en que se pueden ver los hombres. Deseais estar unidos á la Alemania y esta idea acaso os induce á hacer aquello de que no podeis responder ante Dios ni ante la patria. Señores, ahora teneis vuestra unidad austriaca, treinta y ocho millones de habitantes bajo un solo soberano; un parlamento popular, que á nosotros se nos niega. ¿Quereis perdernos? ¿Quereis impedirnos alcanzar lo que vosotros teneis? ¿Quereis consolarnos con esperanzas miserables, solo buenas para niños? ¿Quereis contrariar nuestros deseos de salvar la patria, esta misma patria que todavía es la vuestra y lo será, si Dios quiere, en un nuevo estado de cosas? ¿Quereis privar á esta patria de los medios de salvarse, del único medio que la mayoría cree eficaz si os separais de nosotros? Podeis estar en contra nuestra, pero con esto

(1) *Historia de Austria*, de Springer, tomo II, pág. 683.